LA ROSAURA

DEL GUANTE

Relación de las aventuras que pasaron los jóvenes Rosaura y D. Antonio de Narvaez, desde su primer encuentro hasta lograr su feliz matrimonio

PRIMERA PARTE

A olvidar vanas memorias,
á divertir pensamientos,
á dar principio á mis ansias,
(esto es la verdad y lo cierto)

salí pues una mañana,
cuando abril de flores lleno
consuela con sus fragancias
los valles, montes y cerros.

Alegre me divertía
en la maleza, y saliendo,
dándoles vista á unos montes,
donde pasa un arroyuelo
que en azogados cristales
sirve á una selva de espejo;
y mirando á sus corrientes,
en una sombra me siento.

Al cabo de breve rato
que estaba sentado, observo
que bajaba por el agua
un guante, á quien yo de presto
lo saqué de la corriente,
y sacudiéndolo veo,
que estaba todo bordado
con hebras de oro fino y terso,
y unas letras que decían:
soy de la hija de Venus.

Confuso quedé al mirarlo,
y discurriendo que el dueño
más arriba quedaría,
y que era mujer de cierto,
seguí la fresca corriente,
cuando á pocos pasos veo,
que entretenida una dama
estaba con un pañuelo,
mojándolo en la corriente.

Helado quedé y suspenso,
al ver tan original belleza
sola en aquellos desiertos.

Ocultéme entre unas ramas,
donde vide por lo menos
que era la dama de prendas
y á medio vestir el cuerpo;
traía una manteleta
de muy rico terciopelo,
con guardapiés de damasco
y de plumaje un sombrero.

Levantóse en pie la dama,
dió una vuelta y echó menos
el guante que yo tenía;
siguió la margen de presto,
y llegando junto á mí,
yo salgo de entre lo espeso.

Confusa quedó de verme,
y dijo: válgame el cielo!
si puede haber quien me ampare,
hágalo usted, caballero.

Yo la dije: hermosa dama,
encanto de estos desiertos,
pasmo de estas soledades
y de estas selvas lucero.

¿Qué haces sola en este sitio?
Y me dijo: caballero,
escucha y te contaré
mi tragedia en breve tiempo
porque estás en gran peligro;
y así digo, lo primero,
como en Córdoba nací,
y es mi padre un caballero
tan noble, pues que posee
la encomienda de carrero.

Tiene mi padre una quinta,
cuatro leguas poco menos
de Córdoba en unos montes,
situada en lo más espeso
de la gran Sierra-Morena,
y este es mi común paseo.

Saliendo pues una tarde
alegre á tomar el fresco,
y llevando dos criados
llegamos en breve tiempo
no muy lejos de la quinta,
cuanto de repente vemos
que estaba junto á nosotros
un bravo animal sangriento,
un oso cuya bravura
causaba terror a verlo.

Los tres caímos en tierra,
y cuando volví en mi acuerdo
me hallé en estas espesuras,
sin que tuviese remedio;
y para que me alimente
me trae blancos y tersos
panales de miel y cera,
y con ellos me sustento.

Esto es lo que me sucede;
y ahora por Dios te ruego
que te apartes del peligro,
porque si el bruto sangriento
en este sitio te halla,
te dará la muerte fiero;
vé á mi casa, y á mis padres
refiéreles el suceso.

Yo la dije: hermosa dama,
¿qué bruto, ni qué sangriento
animal será bastante
á librarse del incendio
ó rayo de mi escopeta?
y así si quieres que luego
te saque de este peligro,
sígueme y no tengas miedo.

Tomándola por la mano,
sigo la margen de presto,
y al cabo de breve rato
vino el oso y la echó menos,
y rastreando las huellas,
corrió al monte como el trueno;
nos divisó y dió un bufido
el irracional tan fiero,
que se estremeció la selva.

La dama en este tiempo
se quedó toda turbada
y el irracional sangriento
para quitarnos las vidas
se fué acercando ligero,
encrespando la quedeja.

Y asestándole de presto,
dándome licencia el muelle
disparó el cañón violento
cinco saetas de plomo,
que al animal en el pecho,
sin respetar su braveza,
le abrieron cinco agujeros,
que por el menor la muerte
pudo anchurosa entrar dentro;
dió un bufido y al instante
midió con su cuerpo el suelo.

Y volviendo en sí la dama
me echó los brazos al cuello:
bizarro joven, decía,
el ser tu esposa prometo
en pago de esta fineza;
yo la respondí: lo acepto.

Nos dimos palabra y mano
de esposos y prosiguiendo,
me dijo, toma esta cinta,
que días ha que la tengo
para el que fuera mi esposo,
y si no quereis creerlo,
ella dirá la verdad
y quedarás satisfecho.

El guante que mío tienes
guárdalo, que en algún tiempo
podrá ser de que te sirva.
Quédate en paz, dulce dueño,
y mira que no te olvides,
que á la cuarta noche espero
en mi quinta en una reja
que tiene unos maceteros
de fragantes azucenas:
no haga falta por que espero.

Y á breve rato en el monte
vimos venir con estruendo
nueve hombres á caballo,
y la dama conociendo
ser su padre y dos hermanos,
y otros de acompañamiento,
que la venían buscando
me dijo: querido dueño,
conviene que ahora te apartes,
porque el primer movimiento
han de quitarte la vida,
y no conviene que á ellos
hagas frente en este sitio.

Ocultéme entre lo espeso,
sin ser visto de ninguno;
y llegando en breve tiempo
los que vienen á caballo,
con alegría y contento,
muy gozosos la abrazaron,
y de aquel sitio se fueron.

Yo me quedé en la espesura,
confuso, triste y suspenso;
saqué la cinta de seda,
desdoblela y un letrero

hallé en ella que decía;
«el que de esta fuera dueño,
también será de Rosaura
esposo, queriendo el cielo».
Quedé alegre con la cinta
y en breve á mi casa vuelvo:
y montando en un caballo,
una tarde cuando Febo
quería ocultar sus luces,
vuelvo á buscar á mi dueño.
Díle pues vista á la quinta,
y allí me estuve encubierto
hasta que la oscura noche
tendiera su manto negro.
A un árbol até el caballo
porque no anduviera inquieto:
le eché porción de cebada
en la capa y con secreto
paseé toda la quinta,
llegué al referido puesto
del balcón, hice una seña,
y la dama con anhelo
salió á él y me dijo·
«Amante y querido dueño,
conviene el que esta noche
me saques, porque sé cierto
de que mi padre me tiene
prometida á un caballero
de Madrid; esto no dudes».
Pero fortuna, ¡y qué presto
me trastornaste en tu rueda!
Tu inconstante movimiento
á un vaivén hace infelices
á los que dichosos fueron;
así lo hiciste conmigo:
pues un criado á este tiempo
que me vió hablar con Rosaura,
por ser fiel, ó parecerlo,
creyendo ladrón sería,
entró á dentro como un trueno;
y dando cuenta á su padre,
al punto se previnieron
los que estaban en la quinta
con palos y armas de fuego,
saliendo para matarme,
ignorando yo el suceso.
Disparáronme dos tiros,
pero dieron en el suelo
las balas y yo animoso
me opuse con todos ellos.
Empiezo con mi carabina,
y á uno quité el aliento,
hiriendo á los dos hermanos
de la dama, y conociendo
que era una cosa imposible
el salir con el empeño
de llevarme yo á Rosaura,
me escapé de todos ellos.
Fuí donde estaba el caballo,
monté en él pronto y ligero,
y á Córdoba dí la vuelta;
pero como estaba ardiendo
en amores de Rosaura,
á cada instante mi pecho
se encendía en vivas llamas,
pensando en mi adorado dueño.
Quise volver á buscarla,
y de cierto me dijeron,
como su padre agraviado
del referido suceso,
una noche la sacó
sin saber á donde fueron.
Del modo que yo quedé
considérelo el discreto,
y en otra segunda parte
daré fin á este suceso.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Imps. Hospital, 19, «El Abanico»